

El Porvenir del Obrero

N.º 130

Oficinas: Castillo 59.—Mahón (Baleares)

5 Febrero 1903

Número suelto 5 cts.—Trimestre 1 peseta

Paquete de 30 ejemplares, una peseta.

EL PUNTO DÉBIL

Es en vano que os afanéis, nos dice un amigo pesimista con aire de superioridad; la emancipación de los trabajadores no pasa de ser un sueño, más ó menos bello, pero que nunca se verá realizado.

—¿Por qué? le preguntamos.

—Porque los trabajadores no están instruidos.

—Es cierto; pero pueden instruirse. Todos los que desean la emancipación del proletariado predicán la necesidad de la instrucción y procuran que se funden escuelas. Ya no son pocas las colectividades obreras que han tomado este asunto con empeño, y cada día serán más y con mayores medios. Si esta fuese la única dificultad, no habría motivo para desesperar, porque con un poco de convicción y otro poco de constancia no tardaríamos en vencerla.

Además, continúa el pesimista, el pueblo es débil; la fuerza bruta, manejada sin piedad por los gobernantes, le aplastará siempre.

—No lo dice así la historia.

—¿Queréis negarme la debilidad de los trabajadores frente á la burguesía que dispone de los ejércitos?

—Desde luego la negamos. La burguesía dispondrá de los ejércitos mientras el pueblo quiera. Los ejércitos están formados por un gran número de hijos de trabajadores y un número pequeño de hijos de burgueses. En cuanto los más se decidan, los menos tendrán que resignarse á dar por terminada su dominación.

Nos extendemos en consideraciones para dejar bien demostrado nuestro aserto, y el pesimista nos deja hablar; luego, con lentitud, como quien está muy seguro de que su razón no tiene vuelta de hoja, nos dice:

—No lograréis convencerme. Para todos los problemas tenéis una solución: la voluntad del pueblo; pues bien, yo os digo que esta es precisamente la dificultad mayor. Los trabajadores no quieren emanciparse.

¿Tendrá razón nuestro amigo pesimista?

Nó; no puede decirse en absoluto que los trabajadores no quieren emanciparse.

Desde hace treinta años, las cuestiones obreras, las huelgas, las luchas de los asalariados contra el capital explotador, han venido á ser el más grave problema en las naciones civilizadas.

Los obreros asociados se cuentan por millones en Europa y América, y su número aumenta cada día.

Recientemente, los diversos ensayos de huelga general de Barcelona, de los mineros en Francia, de la Habana, de Marsella, de Buenos Aires, sin contar otros de menor resonancia, aunque igualmente significativos, demuestran que la asociación obrera se refuerza y se orienta y que la idea de solidaridad entre todos los oprimidos va ganando terreno en las conciencias.

No es fácil mover cincuenta, ochenta, cien mil hombres, decididos á paralizar el movimiento general de una gran población, consiguiéndolo durante

varios días, á pesar de todos los atropellos autoritarios.

La repetición de estos movimientos, su extensión progresiva, el entusiasmo y las esperanzas que despiertan por todas partes, signos son muy claros de que los trabajadores, principalmente los de los grandes centros industriales, ya no se resignan á ser esclavos voluntarios, piensan en su mejoramiento y están determinados á obrar para conseguir su emancipación.

Esto es evidente y consolador.

Sin embargo, nuestro amigo pesimista tiene razón en parte.

El movimiento obrero es grande, si para compararlo volvemos la vista atrás. Sus diarios progresos nos llenan de esperanzas. Pero no debemos olvidar que todavía son muchos, que todavía forman la inmensa mayoría los obreros resignados que ni han pensado en mejorar su triste suerte, ni han sentido en sus pechos nacer la rebeldía contra sus injustos opresores.

Puede decirse que solo en algunas comarcas han tomado parte activa en la lucha social algunos campesinos. En las demás regiones, ignorantes por completo de los esfuerzos de sus hermanos de las grandes ciudades, viven miserablemente en los campos y aldeas muchos millones de obreros, quemándose al sol en verano, ateridos de frío en invierno, sin pan casi todos los días del año. Viven y mueren sin haber tenido el consuelo de una esperanza redentora.

Y aún dentro de las mismas ciudades donde la lucha es activa, donde han tenido lugar los grandes acontecimientos que antes hemos señalado ¿cuántos son los que quieren bastante? Porque no basta conocer, con mayor ó menor profundidad, la cuestión social, no basta desear las mejoras, no basta ser revolucionarios de nombre. Hay que saber querer, hay que saber procurar, y esto solo puede darlo una convicción sólida.

Tiene razón en parte nuestro amigo pesimista.

El punto débil del proletariado en las luchas sociales está en la falta de voluntad.

Falta en unos por la ignorancia completa en que viven, sometidos material y moralmente al amo y al cura. Falta en otros por debilidad de carácter, porque dedican al vicio que les deprime el tiempo que debieran emplear en instruirse y fortalecerse en sus convicciones.

Todos los grandes hechos revolucionarios que han aparecido como obra de las muchedumbres, solo han tenido en realidad como impulsores á un corto número de convencidos, hombres de voluntad, que sabían querer. Si como éstos hubiera muchos ¿cuántas cosas podrían hacerse! y ¡cuán poco duraría el reinado injusto de la corrompida burguesía!

Esta es la labor á que deben dedicarse principalmente los periódicos, las sociedades y los individuos conscientes: á hacer voluntad, á crearla, á robustecerla, en sí mismos y en los demás.

Llevemos las ideas de justicia y de revolución adonde no son conocidas. Afirmémoslas donde ya se conocen. La voluntad nacerá de la convicción. El hombre que conoce perfectamente sus derechos no se resigna fácilmente á verlos atropellados.

Los libros y los juguetes

MUCHAS veces puede uno preguntarse si la humanidad terrestre es en verdad inteligente. Digo «la humanidad terrestre» porque es improbable que los habitantes de los sistemas de Sirio, de Vega ó de Arcturo se encuentren aún á ese nivel. Nuestra humanidad se conduce con mucha frecuencia como una persona que razona mal, en todos los casos, pero notablemente en la época en que se tiene la costumbre de regocijarse por el fracaso de tener un año más, ó sea, un año menos á vivir en este mundo incoherente y de repartir aguinaldos con la mayor generosidad.

Haced, con el pensamiento, ó por medio de vuestros amigos y corresponsales, una visita á las principales ciudades europeas, Berlín, Colonia, Viena, Milán, Roma, Madrid, Barcelona, Londres, San Petersburgo, París, Lyon, Marsella, y tomad en consideración, por curiosidad, lo que se dá á los niños como aguinaldo.

He ahí libros, en las librerías alemanas, inglesas, italianas, españolas y francesas. Hojeádoslos. Encontraréis hermosos grabados. ¿Qué representan? Aquí podéis ver marineros alineados sobre un buque, disparando sus fusiles sobre otro buque donde otros marineros caen abrasados entre la humareda. Allá veréis un convoy de prisioneros conducidos por soldados, después Federico el grande ganando batallas, ó Napoleón pasando una revista; más lejos el incendio de Moscu; los ingleses vencedores en las Indias, los alemanes vencedores en Sadowa, los franceses vencedores en Sebastopol, los rusos vencedores en la Mandchuria, los chinos vencidos y robados, los españoles conquistando América, Carlos V disputando el imperio del mundo á Francisco I, Carlos XII declarando la guerra á Rusia, á Polonia, á Dinamarca, á Escocia, cantado por Voltaire, etc. etc.; hermosos libros ilustrados, soberbias ediciones, que desarrollan bajo la mirada de los niños las maravillas de las grandes matanzas internacionales, excitan sus ardores, muestran un objeto á la actividad humana, ponen en evidencia los héroes, los arreos militares, los trofeos de la victoria, y hacen del joven alemán el enemigo innato de su vecino el francés, del joven inglés el amo convencido del mundo que un día debe pertenecerle.

Examinando estos libros uno se pregunta quienes son más culpables, si los autores ó los editores. Si razonasen un poco los unos y los otros verían que hacen un perverso servicio á la educación entreteniéndolo de ese modo los odios internacionales, haciendo creer á las jóvenes inteligencias que la fuerza brutal es noble y sobre todo que puede crear alguna cosa durable. Ahí está la historia para contradecirlos y convencerles de su engaño. Inglaterra tiene la pretensión de conquistar el mundo. Sin embargo, los Estados Unidos de América sacudieron su yugo y se declararon libres. El día que la India quiera, hará lo mismo. Si Inglaterra llegase á extender su dominación en Africa, todas las infamias cometidas en el Transvaal no impedirían que un día perdiese Africa, como ha perdido América. Hay en los acontecimientos una especie de justicia inmanente. Napoleón creía tener bien seguro su imperio, y entretanto éste se descompone por sí solo. Buscad el imperio de Carlos VI. Buscad el de Carlo magno! Buscad el Imperio Romano! ¿Cómo el historiador puede formarse por un

instante la ilusión de que ha de durar una conquista cualquiera hecha por medio de las armas?

Se encuentran partidarios del militarismo que declaran que este es un excelente ejercicio para los jóvenes, bajo el punto de vista gimnástico, que el uniforme viste más que los trajes civiles, que se encuentra más fácilmente una dote, y que, por otra parte, hacen falta soldados para la defensa contra el enemigo.

Concedemos los primeros argumentos y sólo nos permitiremos hacer notar que los ejercicios gimnásticos podrían organizarse en otra forma y que las jóvenes podrían poner sus preferencias en hombres de un cierto valimiento personal que no dependiese del uniforme. Mientras escribo estas líneas unos sesenta caballos pasan por bajo mis ventanas. Sobre estos caballos montan otros tantos hombres. Todos los días, a la misma hora, al mismo minuto, vienen de dos en dos, al mismo paso, pisando las mismas piedras. Todos los días, en el mismo instante, al volver la esquina, el paso cambia de ritmo, en la misma forma, con iguales gestos de los brazos de los hombres a caballo. Van meses y meses que esto dura, tanto en invierno como en verano. No sé de que cuartel vienen ó van, pero allí hay un mecanismo automático, trivial y perpétuo que parece debe ser horripilante. Cuando se piensa que esto es igual en toda Francia y en toda Europa, y que los diputados de todos los países nos votan impuestos cada vez mayores para pagar veinte y dos millones por día á estos hombres y á estos caballos, uno verdaderamente se pregunta en qué planeta habitamos.

El último argumento se ha tomado alguna vez en serio por hombres graves: hacen falta soldados para defendernos contra el enemigo.

Es el argumento patriótico. Pero, dime, yo te lo ruego, mi pequeño prusiano blanco y rubio, dime en donde está ese enemigo contra el cual debeis un día defenderos.

Y el pequeño prusiano, de ocho ó diez años nos responderá: este enemigo es el francés.

Y el pequeño irlandés nos responde: el enemigo es el inglés.

Y el austriaco nos responde; nuestro enemigo es el alemán.

Y el polaco nos dice: nuestro enemigo es el ruso.

Y el griego añade: nuestro enemigo es el turco.

Y el turco contesta: el nuestro es el armenio.

En otros términos, cada uno piensa: mi enemigo es mi vecino.

¿Y por qué piensan todos así? Porque se les enseña de este modo, porque se les hace creer.

En realidad, no hay enemigos, no los habría si no se les crease.

Los malos educadores de la juventud son los grandes bribones que fundan las nacionalidades en el robo de provincias, el pillaje y el asesinato.

¿Puede uno imaginarse, por ejemplo, lo que hubiera ganado Europa en paz, en tranquilidad, en bienestar, en grandeza intelectual, científica, industrial, literaria y artística, si Bismark hubiese sido ahogado en la cuna por una miga de pan providencial?

¡Cuántos cadáveres menos! ¡Cuántos millones más!

Desgraciada y funesta educación. Si yo fuese madre de familia, habitase en Alemania, en Inglaterra, en Italia ó en Francia, jamás daría á mis hijos alguno de esos libros para que se entretuviesen. No querría educarle para que fuese un día militar, ni matado ni matador. Pensaría que las fronteras no existen sino para los malhechores y que la verdadera grandeza de un país consiste en su valor intelectual y moral.

Generalmente, los hombres superficiales no reparan de la guerra sino sus apariencias gloriosas. Cada soldado de Napoleón llevaba el bastón de mariscal en su mochila. Se admira á los generales galoneados de oro, los hermosos regimientos, las armas y las banderas; los tambores batiendo, los cla-

rines sonando, las músicas militares llenando el aire con sus alegres marchas. Todo esto se hace mejor en el teatro. Lo que no se ha visto, lo que no se vé, lo que no se ha oído ni se oye, son los millones de muertos que han quedado en los campos de batalla. Estos no protestan. El bastón de mariscal está todavía dentro de sus mochilas.

Pero la justicia y la razón protestan por ellos.

No, si yo fuese madre de familia, no daría á mis hijos por entretenimiento ni historias militares, ni soldados de cartón ó de plomo, ni trajes de oficial, ni fusiles, ni sables, ni regimientos, ni fortalezas. Mirad, ayer, entre los juguetes nuevos, vi un inglés dando bayonetazos al aire, un marinero disparando un cañón, y un chino atravesado por un sable y desencajando los ojos enloquecidos. ¡Que singulares diversiones, pensé, y que extraña manera de instruir el espíritu y de alimentar el corazón de los niños!

Camilo Flammarion.

30 Diciembre 1901.

LA LEY

Las acciones útiles ó perjudiciales á la Sociedad son juzgadas tales, no según una evidencia resultante de deducciones lógicas indiscutibles, sino según el parecer de una parte de los legisladores. Nada impide á éstos establecer reglas absurdas y vejatorias, siempre que esas reglas sean votadas y promulgadas según el uso establecido.

No siendo la ley otra cosa que la aceptación por ciertos hombres (mayoría) de una apreciación que ponen en duda otros hombres (minoría), esta apreciación puede ser ó no correcta. No lo es necesariamente porque se ha convertido en ley. La verdad puede hallarse al lado de la mayoría, de la minoría ó fuera de ambas.

Imponer apreciaciones por la fuerza es tiranizar. La ley es la opresión suprema, la opresión legal, el derecho del más fuerte.

Los derechos de un hombre no pueden depender de la apreciación más ó menos desinteresada de otros hombres.

Estos derechos existen ó no.

Si existen, deben determinarse por la lógica.

Paraf Javal.

PREPARÉMONOS

Creo generalmente muchísima gente, y no pocos revolucionarios por añadidura, que hay que esperar el periodo de Revolución para desembarazar á la sociedad de sus múltiples vicios orgánicos que actualmente la afectan, y que interin no puede efectuarse la Revolución violenta, hay que dejarse llevar por la corriente, so pretexto de que el ambiente actualmente nocivo es más fuerte que la voluntad individual y que ésta se vería anulada por completo si tratara de modificarlo.

El error consiste en que á fuerza de predicar uno y otro día Revolución, se ha hecho gradualmente de esta palabra, en el cerebro de los que poco alcanzan su trascendencia inmediata y lejana y no pueden precisar claramente todo su real valor, una entidad bien hechura muy semejante al Dios de los anti-judios que con su simple advenimiento á la tierra debía libertarles de todas las esclavitudes y miserias.

Olvidan los que así creen, que la Revolución es solamente una palabra cuando se fía á ella sola la cura de todos los males, cual si fuera un médico experto, y previamente no se ha efectuado una transformación en los cerebros y en las costumbres.

Ciertamente que solo durante el periodo revolucionario violento podrán barrerse muchos de los obstáculos insuperables que hoy cierran el paso á las aspiraciones generosas de libertad y justicia. Pero hay otros muchos obstáculos que no son tan

insuperables y que no es necesario en absoluto esperar el periodo revolucionario para hacerlos desaparecer.

El periodo de la Revolución violenta podrá anular la fuerza material que hoy está al servicio de una clase privilegiada y permitir á los revolucionarios conscientes organizar libremente de nuevo la sociedad sobre bases más equitativas. Pero si antes del periodo revolucionario no se han borrado en parte del cerebro de las masas muchos de los prejuicios religiosos y políticos y aún económicos que son los que mantienen actualmente en la inercia á estas susodichas masas, los revolucionarios corren el riesgo de hallarlas, después de la Revolución, tan ignorantes y viciadas como antes y por tal propensas á dejarse sugestionar por los reaccionarios.

¿Qué fuerza podría oponer la minoría revolucionaria consciente á esta fuerza inconsciente de la gran masa sugestionada, si el caso,—y no sería el primero—sucediera? Absolutamente ninguna. La fuerza de la corriente general sería más poderosa que todos sus generosos esfuerzos.

Se me dirá que la gran masa hallará un interés inmediato en el cambio realizado, que verá las inmediatas ventajas y no será tan tonta de dejarse despojar de nuevo. Esto sucedería en el caso de que al día siguiente de la Revolución pudiera realizarse inmediatamente la transformación total de la sociedad en pocos días y la masa no tuviera que dejar transcurrir el periodo de tiempo necesario para la reorganización de la sociedad, en cuyo compás de espera se calman todos los entusiasmos y surgen de nuevo todas las antiguas inercias, todos los antiguos hábitos, todas estas costumbres varias arraigadísimas y que no desaparecen en virtud del corto tiempo de lucha material, precisamente porque tienen fuerza de herencia y de hábitos adquiridos, herencia y hábitos que sólo nuevos hábitos, sólo la práctica de nuevas costumbres pueden anular.

Sucede esto en pequeña escala en la actualidad. Surge una iniciativa útil y beneficiosa, despierta el interés y el entusiasmo de una pequeña colectividad que se agrupa en torno de la naciente iniciativa; efectúanse los trabajos preliminares, y como toda empresa halla obstáculos, á medida que estos surgen y el tiempo pasa, el entusiasmo de la pequeña colectividad se va calmando gradualmente, decrece cada día el número de los agrupados, según el grado de entusiasmo y de inteligencia, y poquito á poco solo queda para llevar á la práctica un reducidísimo número de individuos cuya convicción profundamente arraigada les hace aún luchar unos cuantos días y al fin y al cabo, no desilusionados, pero si aislados, tienen que abandonarla por completo ante el abandono gradual de todos aquellos entusiasmos faltos de convicción y clarividencia y desprovistos del tesón necesario, de la necesaria fuerza de voluntad, única que lleva á remate las más árdidas empresas.

¡Y cuántas iniciativas por el estilo no hemos visto fracasar ya!

Es, pues, un peligro real fiar únicamente al periodo de Revolución, lleno de entusiasmo, el logro de todas nuestras aspiraciones. Es un peligro creer en el poder misterioso de una Revolución, sin antes haber revolucionado el máximo posible los cerebros de la colectividad que ha de efectuarla; si previamente esta colectividad no ha adquirido ya un pequeño número de hábitos y de costumbres que ofrezcan una segura base sólida sobre la cual fundar toda la reorganización de la sociedad futura.

Un entusiasmado—hablamos en términos generales—no es siempre un convencido; puede ser un intuitivo con muchas aspiraciones vagas, pero también lleno de muchos prejuicios que pueden contrarrestar aquellas aspiraciones.

La Revolución debe ser pues—en el máximo posible en cada cerebro—la obra de la convicción del propósito deliberado y maduramente definido;

la obra de una colectividad que de antemano se ha ya habituado, en parte, a la práctica de todo aquel ideal que quiere realizar, que en el hogar y en las costumbres ha realizado, mínima parte que sea, dicho ideal y que sólo acecha el momento de hacer la Revolución para barrer los últimos obstáculos materiales que solo la fuerza colectiva puede anular totalmente.

No nos habituemos, pues, a esperar confiados el día de la Revolución para cambiarlo todo. Habituémonos a la idea de que hay que revolucionar antes nuestro cerebro, nuestras costumbres, nuestros hábitos, para que en su día la reorganización de la sociedad halle menos prejuicios que se opongan a su marcha progresiva hacia la justicia y la igualdad.

Instruyámonos el máximo posible que nos permita el malsano ambiente que nos rodea y procuremos infiltrar en nuestro ser, en todos los actos de nuestra vida íntima, del hogar, del taller y social, la *tendencia* a realizar, a practicar aquello que hayamos aprendido, en su menor o mayor expresión posible, y al día siguiente de la Revolución violenta menos serán los obstáculos que nuestra misma ignorancia e inercia opondrán a la transformación social.

Con esta práctica y el consiguiente hábito que iremos adquiriendo gradualmente, nuestras convicciones se irán también gradualmente arraigando y más amplitud adquirirá nuestra mente con el funcionamiento constante de nuestro cerebro y de todas nuestras energías.

Solo a este precio la Revolución tiene seguras garantías de éxito, sólo a este precio podemos esperar confiados (porque de hecho lo esperaremos de nosotros mismos y no de la entidad Revolución que no existe), el advenimiento de la Revolución nacida de los acontecimientos imprevistos y elaborada de antemano por nuestras convicciones. No se trata de aplazar la Revolución sino de allanar el camino para que no encuentre obstáculos en nuestro cerebro.

J. Prat.

La prensa burguesa

Al concluir de leer las reseñas que de las reuniones obreras hacen los corresponsales o redactores de los periódicos burgueses, he observado que concluyen siempre con la misma mulletilla: «En la reunión reinó el mayor orden.»

No sé de dónde han sacado esos periodistas la teoría de que los obreros no saben reunirse para discutir tranquilamente las bases de su porvenir. No sé por qué les extraña la paz que reina casi siempre en los mítins societarios.

Sin que yo trate ahora de aplicarles a esos periodistas el calificativo de *más eres tú*, podría preguntarle cuántas resmas de papel y cuántos años harían falta para escribir la historia de los escándalos parlamentarios.

Y hay que tener en cuenta que los obreros son gente analfabeta, mientras que los diputados y demás representantes del país son gente sabia, cortés, comedida, discreta, bien educada.

Hay que tener en cuenta también que aquellos se han pasado toda su vida estudiando y éstos trabajando para que ellos coman.

Sin pararme en estos detalles, que bastarían por sí solos para destruir las argumentaciones de los hombres de orden, quiero hacer constar que la prensa diaria vive de prejuicios, sometida a sus propios errores, secuestrada por unos cuantos negociantes barateros cuyas ambiciones han dado lugar a que en el seno del periodismo exista un proletariado de chistera más infortunado que el de blusa. Quiero hacer constar que en las reuniones obreras se discute con más alteza de miras que en las cámaras de los diputados y que si alguna vez el orden se perturba no es por culpa de los obreros,

sino de los agentes más o menos directos de los gobernantes.

Grande es, innegablemente, el poder de la prensa mercantil, pero en sus propios errores ha de encontrar el dogal que le hará estirar la lengua.

Francisco Macein

EL DESPIDO

El jornal de la semana
fue a cobrar el pobre viejo,
y su patrono, al pagarle,
le dijo con duro acento:
—No vuelvas más al trabajo,
ya no sirves en tu puesto,
porque en tu naturaleza
hizo su labor el tiempo.—

Quedó el anciano sumido
en profundo desconsuelo;
dos lágrimas silenciosas
a los ojos le salieron
y así habló, alzando la frente
sobre su encorvado cuerpo:

—Muchos años, nueve lustros,
he trabajado en tu medro,
y hoy, que no sacas ventaja
del producto de mi esfuerzo,
me dices: «Ya no te quiero»,
¡y me arrojas a la calle
como un pingo de deshecho!

Alvaro Ortiz

RESIGNACION

(TRADUCCIÓN)

Estar contento procura,
repartiendo tu dinero
entre ese bendito cura
que la gloria te asegura,
y su compadre, el casero.

Con el rico propietario
se va el cura de función;
y el esclavo del salario
envuelto va en un sudario
muriendo de inanición.

Resignate con tu suerte
y despréndete del suelo,
hasta que llegue la muerte,
que luego lograrás verte
¡ay! muy feliz, en el cielo.

Sufre del rico desprecio,
aguanta también desaire,
pues el cura, que no es necio,
ha de venderte a ese precio
sus «castillos en el aire».

T. Maguire

La Mano Negra

En el mundo de la *justicia* burguesa no se registra proceso tan infame como el que lleva el nombre de «Mano Negra».

El *sombrero* de los asesinos inviolables va desde entonces ensangrentado en la cabeza de esos holgazanes feroces.

Los fieles representantes de *Dracon* hicieron leyes enigmáticas, aplicativas al bien y al mal, según las conveniencias de los legisladores y de sus sirvientes. Conforme a estas leyes quedan siempre limpios de cuerpo y alma los antropófagos que figuraron en la *Mano Negra* primero y después en *Montjuich*.

Nadie duda de que los protagonistas de estos dramas, tanto los *Oliver* como los *Portas*, son la genuina representación del antropofagismo. Más humanos fueron los asesinos de la *serreta* de *Novelda*; al menos allí no se aplicaron martirios, asesinando de una vez a las víctimas designadas.

Para qué recordar los numerosos atropellos cometidos por los representantes de la ley contra la justicia y contra la honradez?

El hampa legista hizo lo que estaba de su parte; el complemento de la obra pertenece a los *Monforte*, *Oliver*, *Portas* y compañía, *hombres-máquinas* movidos o impulsados por los asesinos de salón, que desde las esferas del poder hacen víctimas a centenares, a millares, a millones....

Tenemos metido el servilismo hasta la médula de los huesos; el respeto a lo inmoral, a lo innoble y a lo injusto es extremado.

Ya se levantó la protesta sincera de los pensadores, reivindicando a los inocentes después de haber pasado veinte años de infierno en las mazmorras africanas.

¿Cuando nos curaremos del miedo a la ley? Entonces terminarán las injusticias. Lo que urge ahora, es dar a conocer que la justicia que se administra es injusticia, y lo constante es que se equivoquen los administradores.

Manos Negras, *Badajoz*, *La Línea* y *Barcelona* son los puntos de batalla para dar a conocer lo injusto de este orden de cosas.

Que lo vea el pueblo, que lo comprenda y que se prepare a limpiar el mundo de legisladores de mala fé y de ejecutores malvados.

Miguel Martínez

HIGIENE POPULAR

Instrucciones sobre la limpieza

La limpieza es necesaria para la conservación de la salud.

La higiene considera la limpieza como una virtud que dignifica a las personas y a los pueblos.

La piel respira, como los pulmones, y conserva el calor siempre igual en el cuerpo por medio del sudor.

Estas funciones no se ejecutan bien cuando la piel está sucia, porque sus poros se obstruyen con los productos que desprende el cuerpo y con el polvo. De aquí la predisposición a enfermedades, sobre todo epidémicas y contagiosas.

En una piel sucia los microbios se desarrollan fácilmente.

Los trajes sucios son enfermizos y más la ropa interior, que debe mudarse tan a menudo como sea posible. La de la cama se aireará mucho y se lavará también con frecuencia.

Se tomará un baño general de limpieza todas las semanas en verano y todos dos meses en invierno. Nunca después de comer ni estando sudando.

Cuando no se pueden tomar baños se lava el cuerpo con una esponja y agua templada, se seca en seguida y se frota bien con una bayeta. Añadiendo al agua un poco de espíritu de vino, la limpieza es mejor.

Arrojar a la calle basuras, aguas sucias, cristales, papeles, trapos, pelos, cáscaras de naranja, de melón, frutas pasadas, hojas de verduras y demás residuos, ni es de buena educación ni es saludable. Algunos de estos residuos hacen resbalar y caer a los transeuntes en las aceras y en las tapas de hierro de los registros, produciéndose dislocaciones, fracturas y otras lesiones más o menos graves. Cuando se encuentren deben expulsarse con el pie al arroyo.

Aún más perjudicial y nada decente es orinar y ensuciar en la vía pública. Tratándose de los niños, indica poca ó ninguna limpieza en sus padres.

Es preciso que las calles y las plazas estén muy limpias. El que contribuya a ensuciarlas conspira contra su salud y la de sus conciudadanos.

La suciedad es hija de la ignorancia.

La suciedad de muchas madres prolonga las enfermedades de sus hijos, que bastantes veces terminan por la muerte.

La suciedad repugna y desvía. La limpieza agrada y atrae.

Dr. José Sáenz y Criado.

Hacer muchos hijos, no es sino una aptitud fisiológica que muchas mujeres tienen sin duda; pero son pocas las dotadas de las cualidades morales que se requiere para educarles convenientemente.

E. Zola

No seamos locos

ALGUNOS enfermos acuden al médico para curarse, le consultan, y luego hacen lo contrario de lo que aquel les ha aconsejado.

El médico les dice: no frecuentes los sitios en que hay aglomerada mucha gente, donde la respiración es pesada por falta de aire puro; no vayas á la iglesia, ni á la taberna, ni al baile, ni á otros lugares cerrados donde hay aglomeración; no tomes bebidas alcohólicas, acuéstate temprano, aprovecha las horas de descanso, toma buenos alimentos y sanos, como el caldo y la leche, procura no fatigarte y curarás. El enfermo promete cumplir, pero despues se olvida de todo lo que le han dicho y no se priva de nada, quiere seguir sus vicios, y tiene que sufrir las consecuencias. ¿No es loco el que padece una enfermedad y por no abstenerse del vicio despues de mucho padecer se acarrea la muerte?

Pues este enfermo se parece al obrero, enfermo en el presente estado social. Los que le quieren bien, sus compañeros de buen juicio, le hacen ver que para sanar sus males ha de dejar la iglesia, que despues de cobrarle un tributo le atrofia el cerebro; que ha de dejar el baile donde se fatiga y se gasta el dinero, perdiendo miserablemente el tiempo que le hace falta para instruirse; que ha de dejar la taberna donde se bebe veneno, y con la embriaguez vienen riñas, entre gentes corrompidas y degradadas. Esto lo oye muchas veces el obrero de boca de los compañeros más ilustrados; pero muchos obrando como aquel enfermo, no hacen caso y continúan encenegados. Pero no debemos cansarnos de repetirlo.

Compañeros de todo el mundo: dejad los focos de corrupción, libertaos de los vicios y de la ignorancia, que son las causas de nuestro mal estado. La iglesia, la taberna, el baile, los lupanares, casas de juego y demás corrupciones, que son los enemigos más grandes del obrero y los que dan vida á la burguesía y á todos los opresores.

Dejad todo lo que compromete nuestra dignidad y nuestra salud; abandonad los vicios y procuraos la instrucción que es lo que ha de salvaros y dignificaros. Si todo el dinero que gastamos en vicios, ó siquiera la mitad, lo empleásemos en crear y sostener centros de instrucción, bien pronto nos encontraríamos en condiciones de derribar la gran injusticia del privilegio, levantando sobre sus ruinas el hermoso templo de la justicia, que es la igualdad, y la libertad, y por consiguiente la fraternidad, ó sea, la redención completa.

Cuando los obreros todos sepan comprender esto, acabarán los amos y los esclavos, los señores y los siervos; todos seremos iguales, porque todos seremos hermanos.

Granollers, 25 Enero 1903.

¡Suicida!

¿Su historia era una historia vulgar para el indiferente: para el pensador todo un poema de dolor y sufrimiento. ¿Quién era? para el primero, una de tantas; para el segundo un mártir del destino, una víctima del abandono social...

Nació hija de oscuros, pero honrados trabajadores: su padre era un pobre peón de albañil, al que la sociedad recompensaba con seis reales diarios la penosa tarea realizada en verano como en invierno, así el sol derretiese las sienes ó el frío helara los huesos, sobre un andamio inseguro y vacilante.

Un día el andamio, ni más seguro ni más firme, porque esto hubiese costado algunas pesetas, más al contratista de la obra, vino á tierra: y tras el andamio vino también á tierra el infeliz peón, estrellándose contra la acera que quedó salpicada de sus sesos y manchada de su sangre.

Para la viuda del obrero, que muere estrellado en una acera, ó asfixiado en una mina, ó aplastado en una cantera, no hay viudedades ni pensiones: por toda viudedad lágrimas y por toda pensión miseria.

El llanto cegó sus ojos y el dolor destrozó su pecho; y ciega y enferma la madre, la pobre niña, á los ocho años, hermosa edad en que otras niñas son felices y tienen preciosas muñecas y juguetes caprichosos á granel: la pobre niña, digo, se vió precisada á pedir limosna para que en su casa no faltara un pedazo de pan negro y duro y un plato de asqueroso potaje.

Y en las noches crueles del invierno, cuando las niñas de las preciosas muñecas y los caprichosos juguetes viven entre pieles y estufas, la infeliz niña imploraba la caridad... casi siempre en vano por calles y plazas, con un harapo súcio y mugriento por toda vestidura, descalzos y heridos los diminutos pies de hada.

La pobre madre, ciega y enferma murió, y la niña huérfana, mujer casi, que ya en la mendicidad había ejercido el aprendizaje del vicio, cayó en las manos de esas Celestinas que trafican con el honor que sirve de pasto á la liviandad, y una noche, noche cruel de invierno como aquellas en que recorría calles y plazas con un harapo súcio y mugriento por toda vestidura, fué á dar de bruces, temblorosa con los últimos espasmos del rubor, en los brazos de un sátiro, que había comprado por un puñado de monedas cuanto hay de más sagrado y respetable en todo ser humano: la honra.

Y desde aquella noche infausta, que con horror recordó durante toda su vida, la desdichada jóven entró á ejercer de lleno funciones de sacerdotisa en el templo de Venus, en el que á trueque de un placer tan vil como efímero, sólo se ofreció la ignominia por todo porvenir.

Marchitada, aunque muy jóven aun su belleza, desvanecidos sus encantos, envilecida su vida, el hastío la arrojó como carga inútil, como carne de desecho en el tráfico infame del amor que se compra.

Y de tumbo en tumbo, de vergüenza en vergüenza, de desprecio en desprecio, la desesperación la hizo su presa: y un día, día de sol espléndido, el astro que diariamente alumbraba por una acción noble cien acciones villanas, por un bien mil infamias, y por una alegría mil dolores, alumbró convertido en masa informe y sanguinolenta el cuerpo de la infeliz, despedazado por el tren á cuyo paso se había arrojado, buscando en la muerte niveladora y piadosa, término á una vida de infortunios, epílogo á una obra de desgracia convertida en deshonor, de miseria trocada en vicio.

Y es fama que la sociedad que para nada se había cuidado de la pobre mártir, condenó escandalizada su desesperada resolución: y la iglesia, que nada hizo por redimirla, le negó sepultura en tierra sagrada: y el periódico neo de la localidad vomitó los improperios más atroces y menos cristianos sobre el cadáver de la infeliz suicida.

Y hasta el sátiro que había comprado por un puñado de monedas la honra de la infeliz, puso paño al púlpito aquella noche en el Casino, abominando entre tajada y tajada de suculenta cena, entre trago y trago de aromático vino, la falta de resignación de los desheredados para soportar el peso de sus infortunios tremendos y sus cruelísimos dolores...

Francisco Bautista Monserrat.

DE BARCELONA

30 de Enero de 1903.

Ninguna noticia tengo hoy para dar del movimiento obrero en Barcelona. Nos encontramos en unos días de calma completa; en la que todo el mundo se prepara para las luchas que vendrán.

La atención de todo el mundo está fija en las noticias que llegan de Reus.

Hace ya bastante tiempo que estaban en huelga los carreteros y peones de aquella ciudad. Como están muy fuertes y unidos, todos los esfuerzos que hicieron sus patronos para vencerlos fueron inútiles. Buscaron *esquirols* por todas partes y los pocos que encontraron, á las pocas horas dejaban el trabajo, pues eran despreciados de todo el mundo, y hasta en algunos cafés se negaban á servirles lo que pedían. Se reunieron los demás oficios y acordaron que abandonarían el trabajo los obreros,

de cualquier oficio que fuesen, si en su trabajo tenían que rozarse con *esquirols*; así lo hicieron los que se encontraron en este caso y así se fué creando una situación bastante difícil.

La autoridad llamó diferentes veces á comisiones de patronos y obreros, no pudiendo llegar nunca á un arreglo por la actitud netamente intransigente de los primeros. En la última entrevista que tuvieron con el delegado del gobernador el miércoles por la noche éste amenazó, si el conflicto no se arreglaba enseguida, con llamar á cien espantajos en forma de guardia civiles.

A esto seguramente no se le llamará coacción. Los obreros todos de Reus en vista de la intransigencia de los patronos y de las amenazas del delegado del gobernador, acordaron el paro general que empezó ayer.

Según las últimas noticias el paro es completo sin que trabaje nadie absolutamente.

Veremos lo que resultará.

Julián Monzón.

DE LA CORUÑA

Sr. Director de «El Porvenir del Obrero». La razón impide que por más tiempo continúe oculto entre tinieblas el crimen cometido al amparo de la ley por los que incoaron, fallaron y sentenciaron el proceso de *La Mano Negra*.

Así lo comprende el pueblo de la Coruña, y muy especialmente su elemento proletario, disponiéndose á conseguir la revisión de tal proceso por todos los medios que tenga á su alcance y cueste lo que cueste.

¿Es justicia? ¡Pues viva la justicia que produce la razón!

La Coruña 22 de Enero de 1903.—Por la comisión permanente.—El Secretario.—Enrique Taboada.—V.º B.º.—El Presidente, Diego Fernandez.

Nuestro amigo Francisco Janer de Granollers ha inscrito civilmente una preciosa niña con los nombres de Armonía Unión y Energía.

Con este son diez los actos civiles realizados por el buen compañero.

Hemos recibido de Barcelona una circular referente á la instauración que se proyecta de un *Ateneo Enciclopédico Popular*, que se compondrá de una Biblioteca, un Museo y un Laboratorio para instrucción de la clase obrera.

El proyecto es importante y celebraremos que sus iniciadores, amigos nuestros, lo vean bien pronto realizado.

Domicilio interino: calle de la Guardia, 14, principal, Barcelona.

Ha vuelto á aparecer nuestro querido colega *La Huelga General*, suspendido desde los acontecimientos de Febrero del año pasado.

Su dirección: calle Aldana, 3, 2.º, 1.ª, Barcelona.

¿Donde está Dios?

por M. Rey

Precio de cada ejemplar, 10 céntimos.

A los corresponsales descuento de 40 por 100.

CORRESPONDENCIA

SEVILLA.—F. R. Recibidas 10 pesetas. Anotadas dos pesetas del corresponsal de Lebrija. Tienes pagado hasta fin diciembre y 250 pesetas en cuenta á tu favor para el nuevo trimestre. Enviamos folleto.

MADRID.—*Revista Blanca*. Recibido aviso referente á Peralta de la Sal.

MADRID.—F. M. Aceptamos gustosa colaboración.

SANTANDER.—M. M. Recibidas 4 ptas. por conducto «Tierra y Libertad» según correspondencia del n.º 191.

SAN FELIU DE GUÍXOLS.—Por recibido 5 ptas. por el mismo conducto n.º 194.

TRUBIA.—R. A. Id. 350 por id. id.

B. Fabregues, imp. Nueva, 25.—Mahón, Talleres, San José, 69